

## IDEOLOGÍA NEOLIBERAL DEL SANTIAGO POSTMETROPOLITANO. PAISAJES DEL COTIDIANO DOMÉSTICO.

### IDEOLOGY OF SANTIAGO POSTMETROPOLITANO NEOLIBERAL . EVERYDAY LANDSCAPES

José Solís Opazo

Docente e investigador del CEAUP (Centro de Estudios Arquitectónicos Urbanísticos y del Paisaje de la Universidad Central de Chile), Coordinador de la Línea de Teoría e Historia de la Arquitectura, Escuela de Arquitectura, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Paisaje, Universidad Central de Chile. jose.solis@uccentral.cl. Ponencia presentada en el IV Simposio Internacional de Estética Sistemas simbólicos, técnica e ideología en América Latina, realizado en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, los días 3, 4 y 5 de octubre de 2012, y a ser publicada en el libro compilatorio del evento.

#### RESUMEN

La condición postmetropolitana de la ciudad de Santiago, permite el establecimiento de formas de reconstitución identitaria que pretenden resistir estéticamente la fragmentación urbana. Esto ocurriría mediante ciertas prácticas cotidianas de diseño doméstico que, al mismo tiempo de generar la ilusión liberal del emprendimiento, colaboran en la consolidación de un imaginario urbano, cuyo efecto final es el olvido simbólico de la violencia política que sostiene el actual panorama de dispersión territorial y que tienen como núcleo instituyente un nuevo tipo de individuación: el homo neoliberal.

#### ABSTRACT

Abstract: The postmetropolitan condition of Santiago, allows the creation of different ways of identity reconstitution, resisting aesthetically the urban fragmentation. This would occur through certain daily practices of domestic design, generating the liberal illusion of entrepreneurship, and -at the same time- collaborating on the consolidation of an urban imaginary, whose ultimate effect is symbolic forgetting of the political violence sustained by the current scenario of territorial dispersion and whose core instituting a new type of individuation: the neoliberal homo.

[ Palabras claves ] metarrelato, homo neoliberal, ideología, postmetrópolis, paisajes de hogar.

[ Key Words ] metanarrative, neoliberal homo, ideology, postmetropolis, homescapes.

Uno de los sellos más característicos de la descripción experiencial de quienes padecieron el Golpe de Estado y la dictadura chilena, es la ausencia de una dimensión histórica a partir de la cual inscribir sus vivencias. Por el contrario, lo que parece primar es el contundente fracaso de toda pretensión de imponer un significado hegemónico que permita administrar las narrativas individuales<sup>1</sup>. A pesar de haber tenido todos los aparatos ideológicos a su merced durante casi cuatro décadas, el neoliberalismo al parecer no pudo alcanzar el éxito en suministrar esa dimensión<sup>2</sup>. No obstante, y tal como lo señalan Araujo y Martuccelli, la falta de un marco de procesamiento de los sentidos biográficos no ha impedido la instauración de un tipo de subjetividad que ellos denominan el homo neoliberal. El deshilachamiento permanente de los relatos experienciales y la constante incapacidad de trascender el plano privado de las explicaciones, es lo que, en definitiva, permitió la progresiva edificación de este particular tipo de individuación<sup>3</sup>.

Si bien el homo neoliberal pudo avanzar gracias a la eficacia del sistema en deshistorizar el pasado, también revela una importante inhabilidad para homogenizar la narración política sobre el país (Araujo, Martuccelli 43). Por lo mismo, y como aseguran los autores, “esto obviamente no impide que el modelo del homo neoliberal haya ganado espacio, pero estamos muy lejos de la existencia de una ideología triunfante” (Araujo, Martuccelli 48) En cierto modo compartimos este diagnóstico relativo a las dificultades del modelo para proporcionar un relato unidimensional capaz de reproducirse y defenderse sin oposición en el plano individual. Sin embargo, es discutible el argumento de su virtual inoperancia a la hora de efectuar una implementación ideológica. La diferencia que aquí podría trazarse a este respecto, descansaría en utilizar un concepto de ideología distinto a aquel ocupado implícitamente por estos autores. Si por ella se alude a la figura del relato entendido como conjunto relativamente sistemático de creencias, es plausible insistir en el hecho de que, hoy en día, habitamos más bien una condición postideológica al corroborar la ausencia de una matriz de convicciones fuertes capaz de imponerse normativamente a los individuos. Por el contrario, pareciera que el sistema prescinde de la ideología para poder operar ocupando para ello, en cambio, la coerción económica,

1 En cierto modo, aquella incapacidad de articulación entre la experiencia individual y un soporte metanarrativo general, no parece ser algo muy diferente del estatuto demoleedor que el Golpe viene a replicar al interior de la propia empresa historiográfica chilena. Precisamente, como catástrofe, su indomable fuerza de acontecimiento dado su radical “falta de sentido último” no hace sino desarreglar permanentemente al cuerpo textual de la historiografía:

“La catástrofe, en otros términos, sería aquella paradójica interrupción del sentido que hace posible narrar un estado de conciencia que ya no desea ni se identifica con una causa nacional, con una historia fundada en la idea de una pertenencia y destinación común. La catástrofe, su mero hecho de significación al interior del texto histórico, marcaría el fin de la ilusión archivística al anular aquel espacio de identificación mayor que hacía posible a discursos contradictorios referirse a una cosa común, hablar en un mismo lenguaje y en un mismo nivel, desplegar en su semejanza múltiples figuras de pensamiento, hacer síntesis de lo no idéntico.” (Valderrama 84-5) Si el soporte de prueba último del texto histórico son los documentos, la inteligibilidad de lo que ellos supuestamente entrañan, esto es, “el acontecimiento”, sólo puede ser donado por la materialidad escritural que los compone. Pero ello no reporta tanto un problema asociado a la fidelidad mimética para con los hechos que supuestamente consignan, sino más bien a la capacidad de producir aquel sentido que los cifra como siendo parte testimonial de un acontecimiento.

2 Es ilustrador, en este sentido, el lamento del entonces senador de la UDI Pablo Longueira, ante las dificultades que el nuevo gobierno de derecha de Sebastián Piñera comenzó a tener al poco tiempo de asumir el poder, en lo relativo a su capacidad para organizar una trama simbólica desde la cual legitimar sus acciones: “Falta construir un relato, la Concertación tuvo la capacidad de construir ‘concertacionismo’, tuvo un referente político: primero fue ‘Gana la gente’ (con Aylwin), después fue ‘Crecimiento con equidad’, que era un concepto, y englobaba y era una línea ideológica”. Longueira, Pablo. Entrevista Radio Cooperativa, Santiago 11/04/11, disponible en [www.radiocooperativa.cl](http://www.radiocooperativa.cl).

3 “Visto desde las interpretaciones de los eventos ‘políticos’, el modelo del homo neoliberal parece haberse impuesto, ya que, en lo esencial, los actores adhieren al relato del corte y cuenta nueva que se impuso en el país. Sin embargo, visto desde las experiencias sociales y personales, es difícil no advertir si no su fracaso por lo menos sus límites en imponer un significado histórico hegemónico a este corte. Cada cual puede si hablar de ‘la’ historia en términos irremediablemente personales” (Araujo, Martuccelli 42-3)

las regulaciones legales y otro tipo de mecanismos (Žižek, El espectro de la ideología 23).

Como es sabido, la definición marxista tradicional de dicho concepto se reduce a la fórmula “ellos no lo saben, pero lo hacen”. La pregunta pertinente respecto a la fantasía ideológica es si ella ocupa, de acuerdo a la fórmula, el lugar del saber o del hacer. Aparentemente, la respuesta podría implicar el ámbito del saber: la ideología consiste en que los individuos no saben lo que en realidad hacen, por causa de una falsa representación de la propia práctica social en la cual se encuentran involucrados. De acuerdo a Žižek, esta interpretación pasa por alto la distorsión ilusoria que ya se encuentra inscrita en la propia praxis. En rigor, la ideología “no está de lado del saber, está ya del lado de la realidad, de lo que la gente hace. Lo que ellos no saben es que su realidad social, su actividad, está guiada por una ilusión, por una inversión fetichista (...) saben muy bien como son las cosas, pero aun así, hacen como si no lo supieran.” (Ibíd. 61) Es por esto que la ideología en ningún caso consiste en una construcción ficticia para evadir la realidad, sino más bien el modo característico en que ella se articula para efectos de huir del núcleo traumático que la sostiene y la hace posible. Por ello, una disolución del metadiscurso histórico por y en la práctica y su cruda materialidad, no es otra cosa que la máxima efectividad ideológica. Como asegura Žižek, “una ideología se apodera de nosotros realmente sólo cuando no sentimos ninguna oposición entre ella y la realidad –a saber cuando la ideología consigue determinar el modo de nuestra experiencia cotidiana de realidad” (Ibíd. 80). En virtud de ello, podríamos sostener que el asentamiento del homo neoliberal y su aparente incapacidad metanarrativa, lejos de ser el fracaso de la hegemonía ideológica como sostienen Araujo y Martuccelli es, al contrario, su verdadero triunfo.

Pues bien, si concebimos que la ideología no opera tanto en el saber sino más bien en el “hacer”, entonces aquello que hoy ocupa el nicho vacío de la referencialidad histórica en el plano de la narración biográfica –es decir, del saber– parece ser la referencialidad de las prácticas. Como intentaremos mostrar aquí, son particularmente las prácticas espaciales las que se ejercería ahora esa función.

Con el fin de clarificar aún más esta dimensión eminentemente pragmática de la ideología y su contraste con un metarrelato de la Historia, sería pertinente quizás asimilarla al concepto de mito tal como lo concibe Roland Barthes. El mito, nos dice, “tiene a su cargo fundamentar como naturaleza lo que tiene intención histórica; como eternidad lo que es contingencia [...] el mito está constituido por la pérdida de la cualidad histórica de las cosas: las cosas pierden en él el recuerdo de su construcción” (Barthes 238) La labor fundamental del mito, en este sentido, es el remplazo del tiempo por el espacio, de la diacronía por la sincronía, en buenas cuentas, de la Historia por la praxis cotidiana. En el mito “el sentido aleja su contingencia, se vacía, se empobrece, la historia se evapora, no queda más que la letra.” Es por ello que Barthes lo entiende fundamentalmente como una “lengua-objeto”.

Frente a la aparente falta de consistencia del habla del homo neoliberal en su disgregada retórica vivencial, el mito lograría, a nivel práctico, proponer una totalización al instante en que el

discurso se inconcluye. A pesar de la aparente generalidad que lo caracteriza en su rol de suplantación de la Historia, el mito siempre señala un momento de individuación. Precisamente, Barthes nos advierte que “el mito tiene un carácter imperativo, de interpelación: salido de un concepto histórico, surgido directamente de la contingencia [...] me viene a buscar a mí: se vuelve hacia mí, siento su fuerza intencional, me conmina a recibir su ambigüedad expansiva” (Ibíd. 216-7). De hecho, tal como lo entendió Althusser, la mecánica de la interpelación no se encuentra del lado de la creencia sino de la acción, cuya principal característica sería, en algunas circunstancias, producir individuación<sup>4</sup>. Lo interesante es que el homo neoliberal articula un tipo de praxis que no logra finalmente constituir retrospectivamente una creencia capaz de cristalizarse en un metarrelato. Gracias a la desactivación de esa posibilidad, la propia praxis interpeladora y constituyente de aquella individualidad puede seguir operando, justamente, como una actividad que adquiere legitimidad por carecer de un metadiscurso.

Pensar la constitución del homo liberal siguiendo la tesis barthesiana del mito en cuanto remplazo de la diacronía por la sincronía de la lengua-objeto, demandaría cierta justicia respecto de la escala de aquella sustitución: si la temporalidad suplida es la Historia, la dimensión espacial más adecuada para colocarse en su lugar no puede ser otra que la ciudad, precisamente el marco contemporáneo de mayor amplitud en el desenvolvimiento de las prácticas. Aparentemente ella estaría en condiciones de ofrecer una totalización que la Historia parece ya no poder brindarle a la subjetividad. Si este juicio tuviese algo de plausibilidad, no dejaría de convocar un flagrante contrasentido, considerando que hoy más que nunca la ciudad contemporánea vive un proceso de evidente fragmentación estructural. Sin embargo y en virtud de ello, nunca antes se habían realizado tantos esfuerzos por reconquistar su unidad o, al menos, intentar otorgar ciertas compensaciones ante lo que parece su inevitable disolución. Es en virtud de estos esfuerzos que ella puede cumplir paradójicamente la demanda de totalización ideológica anteriormente concedida a la Historia.

Quizás el más emblemático intento por pensar esta situación de desmembramiento urbano, es aquél que Edward Soja ha acuñado con el nombre de Postmetrópolis. Esta condición estaría dada por la progresiva dispersión de la ciudad tras la modernización neoliberal implementada desde fines de la década de los 70<sup>0</sup>, y el consecuente debilitamiento de las políticas de planificación territorial. En buenas cuentas, ya no es posible hablar de la ciudad como una construcción unitaria bajo lógicas plenamente concatenadas. Por el contrario, mediante la creciente liberalización del suelo se estaría consolidando una agregación de realidades urbanas con lógicas de funcionamiento independiente, producto del progresivo desacoplamiento funcional entre una periferia urbana cada vez más autosuficiente, ampliamente demandada por los sectores privilegiados y el mundo empresarial, versus la ciudad tradicional representada por el centro histórico y los emplazamientos pericéntricos. Este efecto de bipartición

<sup>4</sup> “Cuando Althusser repite, citando a Pascal “actúa como si creyeras, ora, arrodíllate, y creerás, la fe vendrá por sí sola”, delineo un mecanismo reflexivo intrincado de fundamentación “autopoiética” retroactiva que excede de lejos la afirmación reduccionista de que la creencia interna depende de la conducta externa. Es decir, la lógica implícita de su argumento es la siguiente: arrodíllate y creerás que te arrodillaste a causa de tu creencia; o sea, respetar el ritual es una expresión/efecto de tu creencia interna; en resumen, el ritual “externo” genera performativamente su propio fundamento ideológico” (Žižek, El espectro de la ideología 20-1)



Fig. 01 Josef Shulz. Centre Commercial

estructural de la metrópolis, estaría dado básicamente por la dificultad para delinear sus fronteras exteriores y, con ello, la de determinar de manera exacta su población. Sería la indefinición de sus límites la principal razón por la cual la periferia se convertiría en uno de los elementos preponderantes de la ciudad actual. Una serie de metáforas ponen en evidencia este fenómeno, entendido como un proceso de “urbanización de los suburbios”: “la metrópolis invertida”, la “ciudad vuelta del revés”, “urbanización periférica” y, en un sentido extenso, el término postmetrópolis. Lo que todos estos términos comparten, implícita o explícitamente, es la noción de que la era de la metrópolis moderna ha terminado” (Soja 340)

El término que Soja destaca para ilustrar este inédito recentramiento periférico es el de “ciudad frontera” o exópolis. Ofreciendo una singular estética del paisaje suburbano, las denominadas ciudades-fronteras se organizan mediante sistemas de centros comerciales y complejos de oficinas situados en la intersección de grandes autopistas, a las cuales se van plegando progresivamente las zonas residenciales.

“Parece como si nuestra visión de clase media de la ciudad fuera hoy la de una zona de entretenimiento –un lugar para ir de visita, de compras; nada más que vivir en un parque temático [...] Esto se suma al urbanismo light [...] Los defensores de la ciudad light rechazan los regalos de la ciudad histórica: la yuxtaposición de gentes y eventos, el compromiso con y el reconocimiento de lo desconocido, el riesgo de comprender y la excitación de la invención. La ciudad light es un lugar para el entretenimiento fácil [...] Se debe al consumo, no a la creatividad” (Ibíd. 349)

Sin duda la Historia, o mejor dicho, la historicidad pareciera estar aquí convocada no tanto para legitimar sino más bien para criticar lo que Thomas Bender –el autor de la cita anterior– denomina la “ciudad light”. Sin embargo, la propia posibilidad de absorber la crítica historicista en el mismo contexto de la ciudad-frontera y apelando a su condición de tal, parece ser acogida por un conjunto de iniciativas inmobiliarias que pueden ser sintetizadas en el denominado “Nuevo Urbanismo” (New Urbanism). En este modelo podemos vislumbrar concretamente cómo la Historia transita desde la dimensión narrativa a una articulación primordialmente espacial y escenográfica, asunto que nos interesa particularmente destacar aquí, en vistas a lo que ya hemos señalado respecto de la ideología y el mito. Si admitimos que una de las características de la Edge-City es su sintonía con la “gran tradición norteamericana de civilizar los asentamientos de frontera”, entonces podemos afirmar que en ella ya se encontraban las condiciones para una solución historicista a la “la nostalgia postmetropolitana” (Ibíd. 349) capaz de no contradecir sustancialmente a la parquematización de la ciudad light, en la medida en que la demanda por historicidad

se transforma en la “lengua-objeto” de cierto imaginario inmobiliario.

En Estados Unidos, los principales representantes del “Nuevo Urbanismo” Andreas Duany y Elizabeth Plater-Zyberk, junto a Leon Krier –en su versión británica– apuestan por la recreación de las ciudades preindustriales que, al igual que las formulaciones en torno a la ciudad-frontera, “están repletas de alusiones históricas a los Padres Fundadores, al ‘sueño americano’ y a las fantasías paradisíacas enraizadas no sólo en la ciudad jardín de Ebenezer Howard sino en espacios y espíritus urbanos más antiguos” (Ibíd. 352) Convertida en espectáculo tras su subordinación a los requisitos estructurales y estéticos de la ciudad-frontera, la historicidad se transforma, esta vez, en un recurso cultural (Yúdice).

En cuanto lengua-objeto, la Historia tornada mercancía podría proporcionar una importante compensación simbólica ante la pérdida traumática de la tradición valórica de un determinado grupo, tal como parece ocurrir con los sectores medios que, al menos en la Latinoamérica neoliberal, debe reconvertirse desde su original identificación estatal, hacia otra centrada en los referentes socio-culturales del mercado<sup>5</sup>.

Si el metarrelato histórico articulado alrededor de la hegemonía del Estado de Bienestar fue en gran medida el eje de subjetivación de la clase media en Chile, el problema para este sector, en la fase neoliberal, surge cuando el Estado se contrae violentamente a una función exclusivamente subsidiaria. Sin duda hoy en día es el mercado quien principalmente ejecuta la dinámica de identificación e integración de clase, a través de lo que Tomás Moulian acuñó en los 90 con la figura de la ciudadanía credit-card (Moulian). No obstante, la pura inclusión sistémica al consumo y el crédito es completamente insuficiente tanto para la resignificación identitaria como para la consolidación de un sentido de integración y pertenencia en tiempos de mercado.



Fig. 02 Seaside, Florida

<sup>5</sup> Justamente, la estética del Nuevo Urbanismo permite alentar estrategias de enclausamiento dado que sus producciones pueden ser consideradas como “intervenciones de marketing oportunistas con hipersimulaciones de una utopía urbana para la población de clase media vapuleada por la reestructuración económica, temerosa del crimen y hambrienta de nuevas y mejores imágenes de la vida postmetropolitana.” (Soja 354)

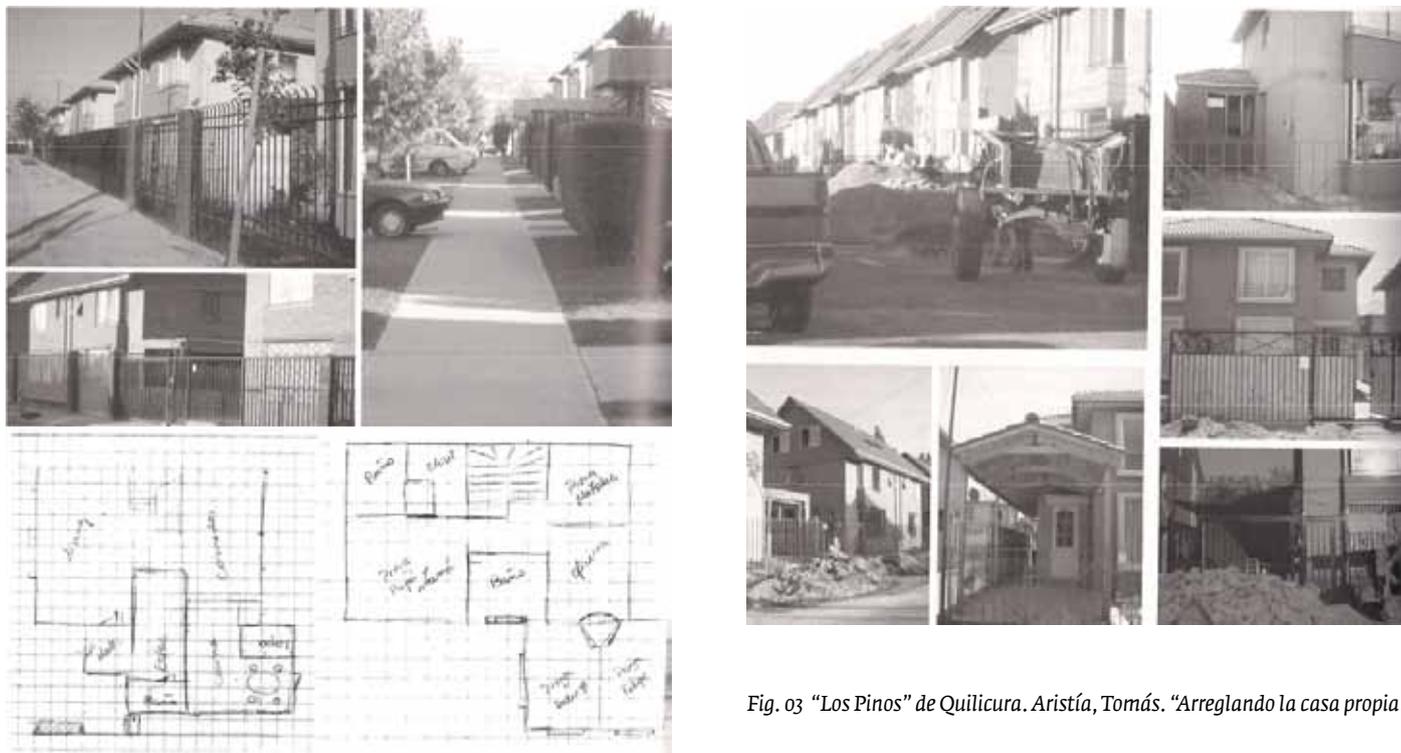


Fig. 03 “Los Pinos” de Quilicura. Aristía, Tomás. “Arreglando la casa propia”

el problema político de la gobernabilidad. Desmantelada la maquinaria represiva de la dictadura, la gobernabilidad debía sustentarse, esta vez, en una dimensión de largo aliento, cuestión que en gran medida viene a justificar la insistencia en el problema de la cohesión social. Desde esta perspectiva, las preocupaciones académicas de la socialdemocracia se han concentrado en construir un modelo conceptual específico y alternativo para la región, que sea capaz de articular el rol del Estado y el mercado, incluyendo, además, a las familias, la sociedad civil y las relaciones comunitarias. No obstante, esto debía ocurrir sin hacer referencia al trauma del Golpe y su consecuente polarización lo que, evidentemente, alentó no sólo la mediocridad gestiona de la política de los consensos, sino además la deshistorización forzada de la ciudadanía como ingrediente primordial para el logro de una cohesión y gobernabilidad sustentable en democracia. En resumen, era necesaria la despolitización general mediante la supresión del diferendo constituyente que define a lo político en cuanto tal<sup>6</sup> supresión del diferendo constituyente que define a lo político en cuanto tal.

Ello requería de una nueva dinámica de subjetivación postraumática que fuese capaz de armonizar los intereses del mercado y los de las políticas públicas pro cohesión social. De acuerdo a los resultados de la encuesta ECosociAL-2007 realizada en las principales ciudades de siete países latinoamericanos<sup>7</sup>, Eugenio Tironi destaca precisamente que el papel de la familia, junto a los lazos de amistad, la vecindad y nación, juegan un rol preponderante en la cohesión social

latinoamericana<sup>8</sup>. Junto a lo anterior, subraya que el mérito y el esfuerzo individual están en primer plano en las razones esgrimidas por los encuestados a la hora de explicar la riqueza o la pobreza de las personas. Ello entraría en directa relación con la ilusión de movilidad social y progreso que, de acuerdo a la encuesta, alcanza niveles bastante importantes.

De algún modo este fenómeno permitiría comprender el hecho de que en Chile, siendo uno de los países del mundo con el mayor índice de desigualdad en los ingresos, no hayan existido en los últimos años importantes crisis de gobernabilidad, sumando a ello que entre un 60% y 80% de la población se identifica con la clase media (Espinoza, Barozet).

Desde la óptica de la cohesión social, este alto índice de autoidentificación requeriría concentrar los intentos metodológicos para definir a los sectores medios utilizando no tanto los sistemas tradicionales basados ya sea en rasgos continuos (ingreso y prestigio fundamentalmente), como también en niveles socioeconómicos (utilizados en marketing) o en tipologías según determinaciones ocupacionales. Por el contrario, pareciera más adecuado abocarse a criterios de orden simbólico asociados al consumo, siguiendo las tradiciones conceptuales inauguradas por Weber, Baudrillard y Bourdieu. En tal sentido y más allá de los enfoques metodológicos habituales, podemos reconocer un reciente “giro cultural” en la indagación sociológica que hace uso de la experiencia cotidiana como dimensión central en la producción de categorías sociales y culturales. El interés de este giro radica en que, al mismo tiempo de entregar algunas claves para la comprensión de la cohesión social y las auto definiciones de clase, añade además un importante componente territorial que aquí nos interesaría subrayar.

En particular, destacan los intentos por establecer tales definiciones a partir de lógicas de agenciamiento residencial

6 Para Rancière, la actividad política consistiría en la demanda de ser contados como parte de una comunidad, levantada por quienes no son reconocidos como tal en ella, inaugurando, por obra de esta demanda, un escenario inédito que coloca en común el daño de ausencia de reconocimiento, y en donde los no contados se inscriben a sí mismos como parte legítima. Este diferendo originario entre contados y aquellos que no lo son constituiría, precisamente, el núcleo fundante de lo político. Frente a esta definición de la política sustentada en el desacuerdo y la asimetría ontológica de la comunidad respecto de sí misma, Rancière distingue la noción de “política”, consistente en la plena coincidencia, sin residuos, entre las partes y su representación o cuenta. Pues bien, por posdemocracia o pospolítica –carácter que tiene su formulación más ejemplar en la denominada “democracia de los consensos”– habría que entender el modo en que lo político se disuelve en el orden policial de las partes que dicho orden reconoce como las únicas existentes.

7 Encuesta realizada durante el 2007 en las principales ciudades de siete países latinoamericanos: México, Guatemala, Colombia, Brasil, Perú, Argentina y Chile.

8 “La familia no sería un arcaísmo destinado a desaparecer en el altar de la modernización (...) El espíritu de familia, por lo mismo, podría ser uno de aquellos rasgos distintivos de la cohesión social latinoamericana, el cual habría que preservar” (Tironi 55)

urbano. Como declara a este respecto Tomás Aristía, “el interés no radica en observar cómo distintos espacios y objetos reflejan las identidades de clase sino en estudiar cómo espacio físico y espacio social se construyen y determinan mutuamente. En este contexto, estos espacios asumen un rol central en el proceso mediante el cual las personas articulan y negocian su posición en el mapa social” (Aristía 72).

Precisamente, las prácticas de apropiación y de transformación de las viviendas, se consideran un hecho característico de la movilidad social de los sectores medios que está íntimamente asociado a un interés por una construcción de identidad que especifica una particular estrategia de enclasmiento<sup>9</sup>. De acuerdo a la evidencia etnográfica recogida por Aristía, queda de manifiesto que en los específicos modos de configurar los espacios domésticos, más que una competencia entre los vecinos, hay un reconocimiento de las trayectorias y proyectos comunes que dan pie, por medio de prácticas de ordenamiento espacial de los ambientes hogareños, al virtual reconocimiento de un “nosotros”. Tal identificación operaría básicamente a través de una especie de “solidaridad estética” de las soluciones domiciliarias, que permiten conformar cierta idea de clase.

Pues bien, gran parte de las elaboraciones identitarias del neourbanismo dentro de las cuales encontramos este tipo de prácticas domiciliarias nacidas primordialmente en la Edge-city o ciudad frontera, ahora se han introducido como un sistema coherente que ha colonizado progresivamente al propio tejido urbano tradicional, en medio de su creciente fragmentación. Este hecho está indisociablemente unido a otro de los aspectos característicos de la postmetrópolis. El último de los seis discursos con el cual Soja concluye su trabajo sobre la ciudad contemporánea, está dedicado a lo que él denomina la “reestructuración del imaginario urbano”. Si bien, en general, todos los discursos se esmeran en dar cuenta de la deconstrucción de la metrópolis, los imaginarios urbanos jugarían un importante papel de refabricación ideológica ante la innegable dispersión postmetropolitana<sup>10</sup>. Uno de los aspectos fundamentales en esta refabricación es la preponderancia del plano significativo y de los simulacros en el dominio de las representaciones de la ciudad, en donde lo imaginario, al igual que en la noción de ideología que aquí hemos destacado, opera en el registro material y territorial de las prácticas y no en el simple plano del saber:

“En una condensación poética, la historia ha sido sustituida por la geografía, las historias por los mapas, las memorias por los escenarios. Ya no nos percibimos a nosotros mismos como continuidad sino como ubicación, o mejor dicho como desubicación en el cosmos urbano/suburbano. El pasado y el futuro han sido intercambiados por íconos: fotografías, postales, y películas que cubren su pérdida.”(Soja 452)

Esta sustitución de la historia por los escenarios tan característico del neourbanismo, ahora se ha vuelto uno de los recursos emblemáticos de la reestructuración imaginaria

<sup>9</sup> “el barrio y la vivienda no deben ser considerados aquí sólo como espacios que reflejan la identidad de distintos grupos sociales (en este caso los sectores medios), sino también como un componente central en la creación e identificación de estos grupos.” (Aristía 82)

<sup>10</sup> “El sexto discurso sobre la postmetrópolis gira todavía en torno a otra reestructuración tardía del siglo XX, en torno a otra deconstrucción (parcialmente) en curso y (otra tentativa de) reconstitución de nuestros mundos de vida contemporáneos, nuestras visiones del mundo y nuestros espacios habitados. Aquí el principal interés está dirigido a la reestructuración del imaginario urbano, nuestra conciencia situada y centrada en la ciudad, y cómo esta refabricación ideológica afecta a la vida diaria de la postmetrópolis” (Ibid. 452)

de la ciudad neoliberal. Sin embargo, resta comprender el por qué de su necesidad. Celeste Olalquiaga nos brinda una explicación al respecto. De acuerdo a la autora, en medio de esta proliferación indiscriminada de imágenes y simulacros urbanos acontecería uno de los efectos más característicos del habitar postmetropolitano. Ella lo describe como un

“creciente malestar psicológico, provocado por la revolución de las comunicaciones y por muchos otros factores que influyen en cómo nos relacionamos con nuestro hábitat, con los lugares y los espacios en los que vivimos. Ella llama a este malestar psicastenia y lo asocia con lo que se puede describir como la ‘condición postmoderna’, con estar literal y figuradamente ‘perdido en el espacio’ [...] ‘una perturbación en la relación entre el ser y el territorio circundante’, una incapacidad problemática para localizar las fronteras de nuestros cuerpos” (Ibid. 461)

Sin embargo y a contrapelo del argumento de Olalquiaga, podemos sostener que, junto a los procesos de fragmentación postmetropolitana, también opera un fenómeno inverso que bien podríamos denominar como “anti-psicasténico”, en el sentido de reportar un régimen de familiaridad y orientación opuesto a la condición denunciada por la autora.

Sin duda esta condición estaría asociada a la capacidad de totalización que el propio imaginario urbano tendría de suyo. No obstante, ese fenómeno de retotalización operado por aquél, nada tiene que ver con alguna constitución de una “imagen” mental coherente que permita orientarse en medio de la dispersión, tal como lo ofrece la usual definición de “imagen de la ciudad” de Kevin Lynch. Esta interpretación tradicional asume lo imaginario como una modalidad de la representación entendida como “presentación segunda” que se añade o superpone a un mismo objeto y a una misma realidad. Inversamente, parece necesario comprenderlo como un dominio instituyente de la propia realidad en la medida en que, lejos de ser una matriz creada que se tiene en frente como a un objeto, consiste más bien en un campo en el cual siempre se está inmerso. En este sentido, el imaginario comportaría los mismos rasgos que la ideología, es decir, no como una representación deformante y superpuesta a la realidad o como un saber que la distorsiona u oculta, sino el modo en que la propia realidad se organiza para huir del núcleo traumático que la hace posible. Ahora bien, si concebimos al imaginario desde la perspectiva ideológica asumiendo además que ésta se encuentra del lado de las prácticas y no del saber o de las representaciones mentales, entonces es plausible sostener que el imaginario tiene la misma investidura que la noción de “paisaje”. Precisamente, el paisaje sería aquel punto de vista que posibilita reconstruir, como un dominio, la unidad perdida y en donde el observador, lejos de asumirlo como un simple objeto, se inscribe en él como efecto de su propia constitución<sup>11</sup>. Esta es la razón por la cual jamás se está

<sup>11</sup> El carácter problemático de esa unidad y de esa inscripción la podemos encontrar de modo ejemplar en el surgimiento de la perspectiva, aunque también y de modo similar a su propia especificidad geométrica, en el sujeto moderno. Como sabemos, aquella consiste en un dispositivo en el cual todos los objetos, despojados de las cualidades simbólicas mediante las cuales se instituyó su modo de comparecencia en el plano pictórico medieval, ahora aparecen forzados a deformarse en función de la ley organizacional del punto de fuga. En cuanto lugar geométrico en el cual se juntan las líneas paralelas, el punto de fuga viene a representar la comparecencia de lo infinito al interior del campo visual. No obstante su falta de límites, o mejor aún, gracias a ello, el infinito se convierte en el límite a partir del cual se ordena la totalidad de la escena. Lo que debía quedar siempre fuera de la representación por ser justamente irrepresentable, ahora hace su ingreso en ella retirándose –de allí su condición de “fuga”– bajo la forma de una alteridad interiorizada. No debemos olvidar que el punto de fuga, al menos en la perspectiva central en cuanto esquema canónico del arte, es la prolongación del punto de vista, es decir, del lugar



Fig. 04 Robert Barker. Panorama de Edimburgo

frente a un paisaje, como si la unidad habitara siempre en algún supuesto carácter sistemático de la realidad y que el sujeto capta pasivamente mediante la representación. Por cierto, no hay tal sistematicidad y menos aún algún sujeto preconstituido anterior a la captura de lo que tiene enfrente. Podríamos decir, en este sentido, que la subjetividad en cuanto punto de vista se constituye a sí misma mediante el paisaje que ella organiza. No hay, por tanto, paisaje que tenga ciertas cualidades sustanciales por una parte, un sujeto que posea las suyas, por otra, y posteriormente un comercio entre ambos.

La afirmación de que sea el dominio imaginario –y particularmente el paisaje– el campo donde actualmente se constituye la subjetividad, dice relación con lo que Fernando Blanco alude justamente respecto del Chile posdictatorial: “Frente a la pérdida de sentido simbólico de la ley y sus discursos, la sociedad chilena, a mi parecer, estaría atravesando por un proceso abierto de reinscripción de sus ordenamientos imaginarios” (Blanco 13) Precisamente, la pérdida de lo

*geométrico donde se ubica estructuralmente el ojo del espectador. Sin embargo, la coincidencia entre ambos extremos no es únicamente geométrica. La misma infinitud que caracteriza a la fuga parece también definir al observador. Efectivamente, podemos también encontrar análogamente en la propia constitución de la subjetividad moderna la figura de una alteridad interiorizada:*

*“[...] lejos de significar en un primer momento el principio de su soberanía, el cogito es el descubrimiento de que el pensamiento es el lugar de la alteridad radical de la modernidad. Es cierto que esto será descubierto recién en el siglo XIX, pero ya en la divertida e inquietante determinación cartesiana del yo como “una cosa que piensa” se encuentra la idea de que el pensamiento y la subjetividad en general significan un espesor infinito con respecto al mundo, o mejor dicho constituyen precisamente la densidad del mundo. Considerado de esta manera, el pensamiento ha sido desde su descubrimiento pensamiento del afuera, el pensamiento mismo ha sido el afuera del sujeto” (Rojas 30).*

*Esta exterioridad o infinitud introyectada, sea como punto de organización del campo visual en la perspectiva, o como núcleo estructurante del sujeto en tanto res cogitans, al mismo tiempo de ordenar también extravía. Y lo hace justamente porque la densidad significativa tanto de lo geométrico para el primer caso, como del lenguaje para el segundo, es completamente irreductible. Foucault da cuenta de esta densidad utilizando una metáfora que se torna muy pertinente a nuestro planteamiento:*

*“En una filosofía de la reflexión, el ojo sostiene en su facultad de mirar el poder de volverse cada vez más interior a sí mismo. Detrás de todo ojo que ve, hay un ojo más tenue, tan discreto, pero tan ágil que a decir verdad su mirada omnipotente corroe el globo blanco de su carne; detrás de éste, hay otro, y otros más, cada vez más sutiles y que de pronto no tienen otra sustancia más que la pura transparencia de una mirada. El ojo gana centro de inmaterialidad en el que nacen y se anudan las formas no tangibles de lo verdadero: ese corazón de las cosas que es su sujeto soberano. El movimiento es inverso en Bataille: la mirada franqueando el límite globular del ojo lo constituye en su ser instantáneo; lo arrostra en esa arroyada luminosa (fuente que derrama, lágrimas que corren, pronto sangre) lo arroja fuera de sí mismo, lo lleva al límite [...] El sujeto filosófico ha sido arrojado fuera de sí mismo, perseguido hasta sus confines, y la soberanía del lenguaje filosófico, es la que habla desde el fondo de esta distancia, en el vacío sin medida que deja el sujeto exorbitado” (Foucault, Prefacio a la transgresión 175).*

*Esta desmaterialización progresiva del ojo –o del punto de vista– en el propio ejercicio reflexivo, no es otra cosa que aquello que origina, a su vez, la desmaterialización del lugar de encuentro de las paralelas, como si el punto fuga fuese simplemente la sombra de su vaciamiento proyectada en el plano del cuadro. Pero como nos dice Foucault, el lenguaje filosófico, y habría que decir, el lenguaje en general, es la trama significativa en la que precisamente tanto el sujeto como la representación se pierden en el preciso instante en que pretenden ubicarse en la oquedad ocular. Convendría plantear que el punto de fuga es la presencia del sujeto en su propio enunciado (si por éste entendemos aquella totalidad ordenada que constituye el campo visual paisajístico), y en donde el lugar de la enunciación –el espacio vacío del ojo sin carne del punto de vista– no sería otro que el plano irreductible de la materialidad significativa donde el sujeto se abisma en su propio decir (la trama geométrica, la sintaxis del paisaje).*

*Sin embargo, es en esa espesura material –sea la del lenguaje o la de la gramática paisajística– donde es posible recuperarse del extravío. Precisamente ésta parece ser la tarea fundamental de la estética. Al mismo tiempo en que el cogito intenta organizar la totalidad en cuanto tal, su pretensión fundacional fracasa al abrir, en el preciso instante de su instauración, la fractura entre las esferas del entendimiento y la sensibilidad, del mismo modo en que la perspectiva cierra el orden del mundo abriendo una fuga irreparable en su propio centro. Kant entiende que el único lugar para trazar nuevamente la totalidad sin vulnerar la autonomía de dichas esferas, es la estética. Para el entendimiento, si hay naturaleza, no hay libertad; para la razón, si hay libertad, no hay naturaleza. Únicamente mediante el juicio reflexivo es posible enlazar ambos extremos; por un lado, la naturaleza infinita de la fuga y, por otro, la libertad infinita de la subjetividad: con ocasión a la primera, es decir, mediante el concurso de los sentidos, el sujeto tiene noticia de su propia libertad a través de la actividad reflexiva por la cual produce un universal no conceptual (lo bello, lo sublime) a la hora de ejercer el juicio estético. Es en este último donde, finalmente, el sujeto logra experimentar la reconciliación de sus facultades, recuperándose de su fractura fundamental.*

simbólico y sus discursos no es sino la ausencia de aquel fondo histórico-narrativo a partir del cual emerge, según Araujo y Martuccelli, el homo neoliberal. Pero como hemos visto y de acuerdo a lo que pretendemos sostener, no es a pesar de esa ausencia sino gracias a ella que esta nueva individuación se constituye primordialmente de modo imaginario y no tanto narrativa o simbólicamente. En el instante en que el discurso de la Historia se interrumpe, la ideología parece triunfar en el orden de las prácticas espaciales de la ciudad, específicamente, como paisaje.

En cuanto condición totalizadora y “anti-psicasténica”, el paisaje implica siempre un observador que proyecta integración sobre su entorno al tiempo de ser convocado, simultáneamente, a experimentar la unidad por medio del efecto que el paisaje, configurado por su propia mirada, termina finalmente ejerciendo en aquél. Este doble reenvío de integralidad entre el observador y su “objeto”, redundando en un sentimiento de familiaridad e identificación con aquella totalidad conformada. Quizás el antecedente específicamente estético de esta particular identificación unitaria, es posible localizarlo en un dispositivo de representación del siglo XVIII inventado por el escocés Robert Barker, conocido como “panorama”. El objetivo de éste era producir, por medio de artilugios visuales y técnicos, una imagen circular que el pintor-observador construye hacia los cuatro ejes cardinales desde un punto central, desplegando esta imagen a través de gigantescos planos pictóricos, en salas también circulares consiguiendo, de este modo, obligar al espectador a una visión totalizadora. Justamente el diseño arquitectónico y urbano de la ciudad neourbanista, ofrecen el carácter paisajístico del panorama, puesto que se constituye a través de un sistema integrado que unifica el marco residencial, los medios de circulación de alta velocidad –autopistas o transporte público– y los mega-centros comerciales y de servicios, quienes, en su conjunto, adquieren una dimensión panorámica a través de la cadena significativa que va desde el domicilio hasta el Mall.

El sujeto instituido por este imaginario paisajístico es precisamente el homo neoliberal que, en términos estrictos, viene a ser representado por la familia de clase media. El

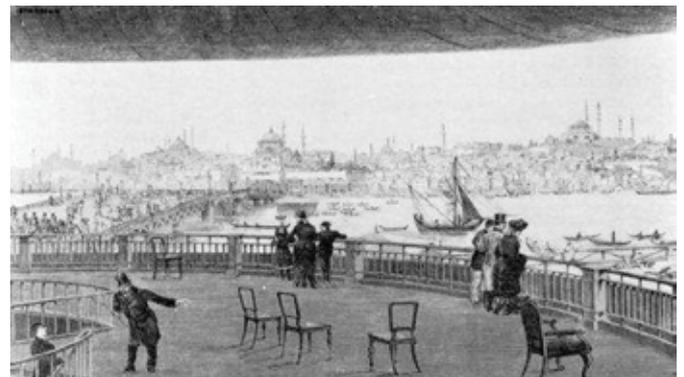


Fig. 05 Robert Barker. Panorama



Fig. 06 Josef Shulz. Centre Commercial



Fig. 07 Vivienda y Decoración. El Mercurio.



Fig. 08 Vivienda y Decoración. El Mercurio.

lugar vacante de su relato Histórico constituyente (que tenía por núcleo simbólico al Estado) ahora pasa a ser ocupado por el paisaje-imaginario de la ciudad neoliberal, agenciada por el sintagma que hilvana los centros comerciales, las autopistas y los conjuntos residenciales. Con todo, el paisaje no culmina únicamente en dicho sistema, pues, de alguna manera, también logra integrar a su orden al propio interior doméstico, a la manera de las prácticas de arreglos hogareños estudiadas por Tomás Aristía. A pesar de gozar de cierta autonomía respecto del diseño urbano profesional, el interior doméstico parecía ser el último reducto que quedaba por intervenir a la hora de conformar la totalidad paisajística, en medio de la dispersión postmetropolitana. Tanto la oferta inmobiliaria, como también de las revistas de decoración y las mega tiendas para el hogar, alientan al dueño de casa a “empoderarse” mediante el diseño de sus espacios domiciliarios. El “hágalo usted mismo”, propio del diseño destinado al hogar, no es sino la creencia en la responsabilización<sup>12</sup> y el emprendimiento

materializada en la propia estructura del diseño de los artefactos de uso doméstico.

Es allí donde el mito funciona, no en el orden simbólico del metarrelato Histórico, sino en la cruda materialidad del lenguaje-objeto de los enseres domésticos que, encarnando la posibilidad de la personalización, interpelan a sus usuarios a convertirse en emprendedores de su propia creatividad. Habría que decir, en definitiva, que la oferta paisajística neoliberal de corte neourbanista, interpela al individuo de clase media a “responsabilizarse” a través del desafío personal de emprendimiento y de “producción de sí”, al verse instado a prolongar dicho paisaje hasta el interior de su vivienda. Los “factores internos” aludidos en esta interpelación, es la competencia estética de los sectores medios (su capital simbólico, en términos de Bourdieu) que es capaz de desplegar esa prolongación a través del decorado doméstico.

Mediante las prácticas estéticas de “arreglar la casa” haciendo uso de la creciente oferta de la industria del diseño para el hogar, el homo neoliberal de la familia media realiza finalmente el sellado del último eslabón del panorama neourbano que quedaba por conquistar para alcanzar el efecto de totalización paisajística, donde la nueva subjetividad debería quedar inscrita e identificada con su propia

<sup>12</sup> Daniilo Martuccelli define este concepto como un modelo de inscripción subjetiva de la dominación que “supone que el individuo se sienta, siempre y en todas partes, responsable no solamente de todo lo que hace (noción de responsabilidad) sino igualmente de todo lo que le pasa (noción de responsabilización) [...] Es a fin de hacer frente a esta experiencia generalizada de responsabilización, que el individuo debe ser capaz de “adaptarse” a todas las situaciones o imprevistos. Se trata ya no de la “sumisión” sino de apelar a la “iniciativa” de los individuos para que encuentren la “mejor” manera de actuar en la vida social” (Martuccelli 147).

A este respecto Martuccelli señala que,

“a diferencia de la sujeción que hace primar una lectura externa del proceso de dominación (la imposición se presenta por la adecuación a un modelo propuesto desde el exterior), la responsabilización subraya sobre todo los factores internos (se solicitan al actor sus capacidades “propias”) [...] Por último y sobre todo, a diferencia de la sujeción en la cual el actor es descrito en una posición pasiva, atravesado y constituido por un conjunto de dispositivos disciplinarios o culturales, en la responsabilización, se diseña al actor con la capacidad de “gobernarse” a sí mismo, puesto que es considerado como capaz de “hacerse cargo” y, por lo tanto, de tener un rol activo. En el primer caso, el individuo, agente pasivo, es interpelado por el poder para que se convierta en “sujeto”. En el segundo, el sujeto, como actor activo, es convocado por el poder para que se haga cargo en tanto que “actor” (Martuccelli 149).

Es interesante la idea del actor, puesto que esta metáfora dramática alude directamente a la idea de un escenarior y, particularmente, a la necesidad de un “decorado” como ingrediente central a la hora de constituir una puesta en escena que, en nuestro caso, vendría a ser el paisaje en cuyo centro emerge la identidad clasemediana. Respecto de la demanda dirigida a este actor de “gobernarse a sí mismo”, no podemos dejar de subrayar su cercanía con la definición que Foucault

reserva para la noción de “capital humano” como uno de los factores biopolíticos cruciales del neoliberalismo, en donde el consumidor lejos de ser pura pasividad, es considerado un actor, básicamente, un empresario de sí:

“En el neoliberalismo –que no lo oculta, lo proclama– también vamos a encontrar una teoría del homo oeconomicus, pero éste no es en absoluto un socio del intercambio. El homo oeconomicus es un empresario, y un empresario de sí mismo [...] de ninguna manera hay que creer que, en un proceso de intercambio, el consumo sólo consiste en el hecho de que alguien compra y hace un intercambio monetario para obtener una cantidad de productos. El hombre del consumo no es uno de los términos del intercambio. En la medida en que consume, el hombre del consumo es un productor. ¿Y qué produce? Pues bien, produce simplemente su propia satisfacción. Y el consumo debe considerarse como una actividad de empresa por el cual el individuo, precisamente sobre la base de un capital determinado que el dispone, producirá algo que va a ser su propia satisfacción” (Foucault, Nacimiento de la biopolítica 264-5).

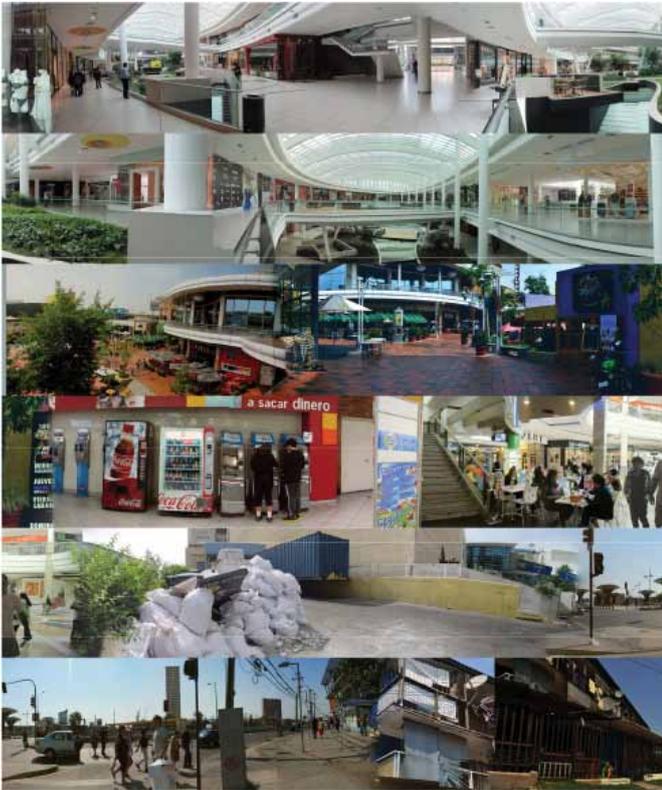


Fig. 09 Carlos Silva. Panoramas y Homescapes. La Florida, Santiago.

elaboración. Esta es la dimensión que se deja leer en los trabajos del artista visual chileno Carlos Silva, específicamente en los dispositivos de registro de los ambientes domésticos que denomina “Homescapes”, o paisajes de hogar (Silva). Mediante la condensación de imágenes que van desde los centros comerciales, pasando por las autopistas, hasta llegar a los condominios e ingresando en el paraje interior de los hogares de la clase media floridana, Silva intenta evidenciar la totalidad mítica que instituye al homo neoliberal.

Ante la falta de una narrativa histórica común, es el paisaje neourbano quien pretende totalizar progresivamente todos los rincones de la postmetrópolis y ya no sólo su periferia, intentando así refundar a la comunidad perdida, aquella que parece realizarse mediante el reconocimiento social de competencias estéticas comunes de aquellos sujetos aspiracionalmente movilizados a demostrarlas en el interior hogareño. Ya no es importante el deshilván de su relato, puesto que ahora su pequeña industria de ambientación doméstica, la fabricación biográfica de su propio espacio domiciliar, es la que queda enlazada a la gigantesca maquinaria ideológica que recompone y procesa, diariamente, a todas las prácticas que han quedado sin habla y sin Historia: la ciudad.

Sin embargo y a pesar de la magnitud de ese procesamiento que involucra toda la continuidad material del diseño, no es posible la clausura total y, menos aún, la falta de resistencia. Precisamente porque, como advierte Žizek,

“la ideología no es todo; es posible suponer una posición que nos permita mantener una distancia con respecto de ella, pero este lugar desde el que se puede denunciar la ideología debe permanecer vacío, no puede ser ocupado por ninguna realidad definida positivamente. En el momento

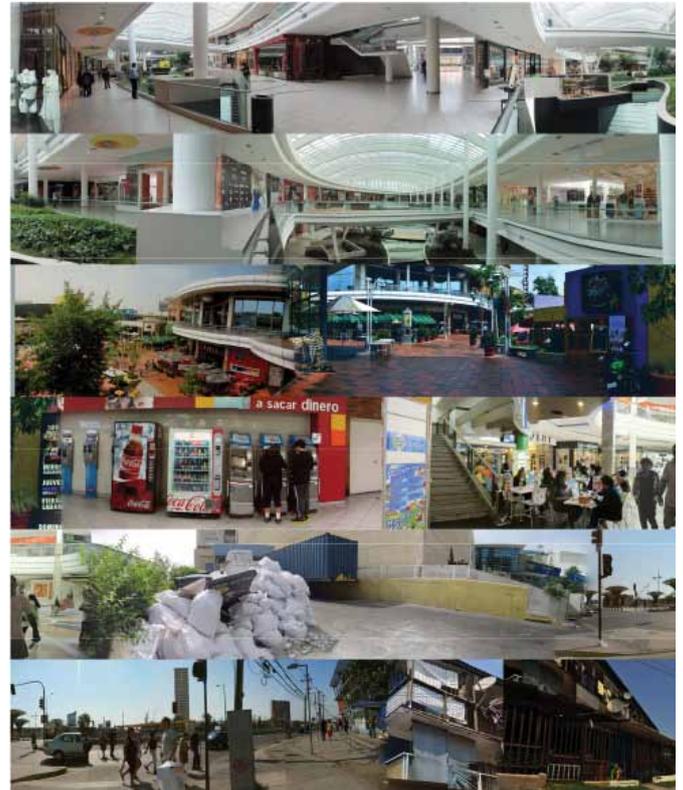


Fig. 10 Carlos Silva. Panoramas y Homescapes. La Florida, Santiago.

en que caemos en esa tentación, volvemos a la ideología” (Žižek, *El espectro de la ideología* 26)

En definitiva, el punto arquimedeano desde el cual vislumbrar el carácter ideológico de las prácticas debe ser un ámbito que, sin ser ideología, al mismo tiempo asuma la imposibilidad estructural de determinar su propio semblante, al huir de toda definición última de sus contenidos. Ese lugar, por cierto, es el que podemos encontrar en el arte contemporáneo. Precisamente, desde las vanguardias, gran parte de sus operaciones materiales, formales y conceptuales han insistido permanente en la misma pregunta, sin poder y, sobre todo, pretender responderla de modo categórico: qué es el arte<sup>13</sup>.

Articulando el centro de su problema –que no es otro que el de su propia posibilidad– esa pregunta jamás puede clausurarse. En este sentido y a diferencia de la empresa científica –incluyendo, por cierto, la tradición del urbanismo– siempre vigilada por la dominación de un paradigma que administra el ejercicio normal de sus actividades y discursos, el arte estaría en condiciones de asumir ese lugar vacío y resistente a una definición concluyente. Si bien el arte, y más aún, por lo visto, el diseño, proporciona un sueño de reconciliación que incorpora a los órdenes simbólicos en giones fantasmáticos, también puede poseer la fuerza emancipatoria capaz de atravesar los fantasmas que cohesionan la realidad social y que reprimen su violencia instituyente. Precisamente, el trabajo de Silva se aleja tanto del mero registro pasivo de la realidad, como también de su diseño al momento de recomponerla mediante la ficción, puesto que “el arte –como nos dice Žižek–

<sup>13</sup> Quizás quien anuncia este particular modo de disposición ontológica del arte es el padre del conceptualismo, Joseph Kosuth: “Las obras de arte son proposiciones analíticas. Es decir, si son vistas dentro de su contexto –como arte– no proporcionan ningún tipo de información sobre ningún hecho. Una obra de arte es una tautología por ser una presentación de las intenciones del artista, es decir, el artista nos está diciendo que aquella obra concreta es arte, lo cual significa que es una definición del arte.” (Kosuth 68).



Fig. 11 Carlos Silva. Panoramas y Homescapes. La Florida, Santiago.

es fragmentario, incluso cuando es un todo orgánico, pues siempre se apoya en su distancia de la fantasía.” (Žižek, El acoso de las fantasías 27)

Si hoy en día el emprendimiento no alcanza a solidificarse como discurso hegemónico, sí parece lograrlo con relativo éxito su fantasía operada en la elaboración de un paisaje, en donde el homo neoliberal emerge como su centro privilegiado. Allí, en medio del silencio que acontece cuando el relato histórico se retira, entra en escena la muda crudeza puramente significativa de los artefactos cotidianos que enlazan, como en un paisaje, a la postmetrópolis con el interior doméstico. Sin embargo, el tener noticia de aquella estela borrosa que la palabra vacía va surcando en la realidad material, es lo que el arte puede entregarnos desde su siempre problemática e inestable toma de distancia.

## Bibliografía

- Araujo, Kathya y Martuccelli, Danilo. Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos Tomo I. Santiago: LOM, 2012. Medio impreso.
- Aristía, Tomás. “Arreglando la casa propia”. SCL: Espacio, prácticas y cultura urbana. Ed. Tironi, Manuel y Pérez Oyarzún, Fernando. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009. Medio impreso.
- Barthes, Roland; Mitologías. Buenos Aires: Siglo XXI, 2000. Medio impreso.
- Blanco, Fernando; Desmemoria y perversión: privatizar lo público, mediatizar lo íntimo, administrar lo privado. Santiago: Cuarto Propio, 2010. Medio impreso.
- Espinoza, Vicente y Barozet, Emmanuel. “¿De qué hablamos cuando decimos ‘clase media’? Perspectivas del caso chileno”. El arte de clasificar a los chilenos. Ed. Joingant, Alfredo y Güell, Pedro. Santiago: Universidad Diego Portales, 2009. Medio impreso.
- Foucault, Michel. “Prefacio a la transgresión”. Entre filosofía y literatura, Obras esenciales. Volumen I. Barcelona: Paidós, 1999. Medio impreso.
- . Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979). Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2007. Medio impreso.
- Kosuth, Joseph. “Arte y Filosofía I y II”. La idea como arte. Documentos sobre el arte conceptual. Ed. Battcock, Gregory. Barcelona: Gustavo Gili, 1977. Medio impreso.
- Lynch, Kevin. La imagen de la ciudad. Barcelona: Gustavo Gili, 2012. Medio impreso.
- Longueira, Pablo; Entrevista. Radio Cooperativa, Santiago 2011. Fecha de ingreso: 20 de Julio de 2012.
- <<http://www.radiocooperativa.cl>>. Sitio web.
- Martuccelli, Danilo. Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo. Santiago: LOM, 2007. Medio impreso.
- Moulián, Tomás. Chile Actual. Anatomía de un mito. Santiago: LOM, 2002. Medio impreso.
- Jacques Rancière. El desacuerdo. Política y filosofía. Buenos Aires: Nueva visión, 2010. Medio impreso.
- Rojas, Sergio. Escritura neobarroca. Temporalidad y cuerpo significativo. Santiago: Palinodia, 2012. Medio impreso.
- Silva, Carlos; Homescapes. Fecha de ingreso: 29 de Enero de 2013. <[http://www.csilva.cl/?page\\_id=51](http://www.csilva.cl/?page_id=51)>. Sitio web.
- Soja, Edward. Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones. Madrid: Traficantes de sueños, 2008. Medio impreso.
- Tironi, Eugenio. La cohesión social Latinoamericana. Santiago: Uqbar, 2008.
- Valderrama, Miguel. Posthistoria Historiografía y comunidad. Santiago: Palinodia, 2005. Medio impreso.
- Yúdice, George; La cultura como recurso. Usos de la cultura en la era global. Barcelona: Gedisa, 2003. Medio impreso.
- Žižek, Slavoj; “El espectro de la ideología”. Ideología. Un mapa de la cuestión. Ed. Žižek, Slavoj. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009. Medio impreso.
- . El acoso de las fantasías. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005. Medio impreso.